

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

LAS CATEDRALES  
DE ESPAÑA Y MÉXICO  
EN EL SIGLO XVI

La relación existente entre las catedrales españolas y mexicanas es, pese a lo mucho y positivo escrito, una cuestión todavía por dilucidar que necesita una revisión crítica e historiográfica. Deseo referirme ahora a las catedrales definitivas del siglo XVI, más allá de los establecimientos provisionales o “de prestado”, sobre las que Angulo trazó un primer cuadro general en 1943 que se mantiene vivo en la bibliografía más reciente de la última década.<sup>1</sup>

La tesis de Angulo es bien conocida por todos y, de modo muy resumido, sostiene que las catedrales: “salvo alguna de planta excepcional como la de Pátzcuaro, casi todas las de América de esta primera etapa son consecuencia de la de Jaén, cuya primera piedra se colocó en 1540. De planta rectangular y, a lo sumo, con la capilla mayor ochavada, son, en efecto, las de México, Puebla, Guadalajara, Mérida, Oaxaca, Lima, Cuzco, Bogotá y dos de los proyectos hechos para la de La Habana en 1608”.<sup>2</sup>

Refiriéndose a las catedrales de Nueva España sólo, se recordará que ya Toussaint había relacionado la Catedral de México con Jaén encontrando analogías en la “disposición exterior de ambas”, y mostrándose más cauto en la filiación de las demás.<sup>3</sup> Sin embargo la interpretación de Angulo se ha impuesto con fuerza en la bibliografía posterior de la que son buenos testimonios los trabajos de Marco Dor-

<sup>1</sup> Angulo, D., “Las catedrales mexicanas del siglo XVI”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1943, vol. 113, núm. 1, pp. 137-194.

<sup>2</sup> Angulo, D., *Historia del Arte Hispanoamericano*, t. I, Barcelona-Buenos Aires, 1945, p. 409. Los capítulos VII y VIII de esta obra responden al trabajo anteriormente citado en la nota 1.

<sup>3</sup> Toussaint, M., *Arte Colonial en México*, México, 1990 (1a. ed. 1948), p. 54. El epígrafe V, 5 bajo el título “El comienzo de las grandes catedrales” (pp. 52-56), recoge de forma resumida trabajos anteriores, en especial sobre la Catedral de México, como “La catedral de México”, en: *Iglesias de México*, t. II, México 1924, “La catedral de México, sus cronistas más recientes”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 1939 y *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano, su historia, su tesoro, su arte*, México, 1948 (2a. ed. 1973).

ta,<sup>4</sup> Ramón Gutiérrez<sup>5</sup> y Santiago Sebastián,<sup>6</sup> cuyos textos puede decirse que son paralelos a los de Angulo, sin desviarse un ápice. Ello ha producido una inercia en la interpretación de este fenómeno no desmentida por las monografías particulares de los edificios catedralicios.

Curiosamente la única interpretación discutida gira sobre la problemática catedral de Pátzcuaro, que Kubler quiso hacerla depender del proyecto de Fra Giocondo para San Pedro de Roma a través de la catedral de Granada.<sup>7</sup> No resulta difícil rebatir dicha tesis no ya por las dificultades intrínsecas del supuesto proceso sino, sobre todo por la muy diferente concepción de los tres proyectos mencionados. La hipótesis de Kubler, que parte de una desafortunada comparación de Bevan,<sup>8</sup> fue ya contestada por Rosenthal<sup>9</sup> y sobre todo más recientemente, por el arquitecto Carlos Chanfón<sup>10</sup> y las historiadoras Ramírez

<sup>4</sup> Marco Dorta, E., *Arte en América y Filipinas*. Madrid, 1973 (vol. XXI de la Col. "Ars Hispaniae"). El autor dedica un capítulo a "Las grandes catedrales" (pp. 85-97), donde dice "Según observó Angulo, casi todas las catedrales renacentistas americanas derivan de la catedral de Jaén, comenzada en 1540, salvo algún proyecto de planta tan excepcional como el de Pátzcuaro. El tipo de iglesia-salón, rectangular y con cabecera plana, se impuso en las catedrales de Nueva España (México, Puebla, Mérida, Guadalajara, Oaxaca)..." (p. 85). Marco Dorta añadía otras influencias castellanas debidas a Herrera que también Toussaint creía ver en la Catedral de México.

<sup>5</sup> Gutiérrez R., *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Madrid, 1983. En esta obra se incluye un apartado dedicado a "Las grandes catedrales mexicanas" (pp. 43-46), donde se dice textualmente "El planteo general de las catedrales del siglo XVI parece derivarse de la traza rectangular con cabecera plana que definió Andrés de Vandelvira para la catedral de Jaén hacia 1540 retomando el esquema de iglesia salón que exhibía la catedral de Sevilla. Sobre este esquema se realizarán las catedrales de Puebla, México, Guadalajara, Mérida y Oaxaca, aunque el innovador obispo Vasco de Quiroga formulara para Pátzcuaro un diseño sorprendente".

<sup>6</sup> Sebastián, S., Mesa, J. de, y Gisbert, T., *Arte iberoamericano desde la Colonización a la Independencia* (Primera Parte). Madrid, 1985. El profesor Sebastián, en su excelente colaboración "El arte iberoamericano del siglo XVI", incluye el título "La Era de las catedrales" (pp. 200-211), donde se dice una vez más: "Con excepción de una catedral tan original como Pátzcuaro, casi todas las catedrales americanas -según escribió Angulo- de esta primera etapa son consecuencia de la de Jaén, empezada en 1540. Las catedrales de Méjico, Puebla, Guadalajara, Mérida, Oaxaca..." (p. 202).

<sup>7</sup> Kubler, G., *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México 1984 (1a. ed. New Haven, 1948), pp. 353-360.

<sup>8</sup> Bevan, B., *Historia de la arquitectura española*. Barcelona, 1950 (1a. ed. Londres, 1938). En la p. 228 dice Bevan: "Una ingeniosa versión de la cúpula de Granada fue trazada para una catedral en Michoacán que nunca se inició."

<sup>9</sup> Rosenthal, E., *The cathedral of Granada. A study in the Spanish Renaissance*. Princeton, 1961, pp. 58 y 127.

<sup>10</sup> Chanfón, C., "La catedral de San Salvador, el gran proyecto de D. Vasco de Quiroga", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm., 57, 1986. El mismo texto con algunas nuevas precisiones se publica de nuevo en *Historia Temas escogidos*, UNAM, Facultad de Arquitectura, División de estudios de posgrado, México, 1990, pp. 199-229. El autor hace un agudo análisis gráfico del proyecto, especialmente a la hora de resolver con una bóveda estrellada el encuentro de las cinco naves.

Montes<sup>11</sup> y Ramírez Romero,<sup>12</sup> por lo que no ha lugar insistir en este punto. En todo caso afirmar que la catedral de Pátzcuaro de Vasco de Quiroga no cuenta con antecedentes entre los modelos peninsulares ni europeos y que el proyecto resulta de una originalidad absoluta en su concepción panóptica.

Por el contrario con el "grupo" de México, Puebla, Guadalajara, Mérida y Oaxaca no ha habido ninguna discusión y tan sólo se ha oído una voz que matizaba el esquema de Angulo, debida al arquitecto e historiador Fernando Chueca como luego se dirá. El nexo de unión de las citadas catedrales estaría en la cabecera recta de dichos templos que contaba, en la Península, con antecedentes medievales y renacentistas como los ejemplos tantas veces argumentados por los autores anteriormente citados de la Seo de Zaragoza, la catedral de Sevilla, y sobre todo, la catedral de Jaén, a las que habrá que añadir en la segunda mitad del siglo XVI el proyecto herreriano de la catedral de Valladolid.

En este punto hay, sin embargo, varias cuestiones a nuestro juicio que debemos de reconsiderar pues, por una parte, la solución recta de la cabecera sólo se refiere a una parte del templo y no al todo, de tal manera que el resto del edificio bien pudiera ser muy diferente de uno a otro caso como, a mi juicio, sucede por ejemplo entre las catedrales de Puebla y Guadalajara. De tal modo que homologarlas entre sí no parece muy razonable y siendo diferentes una de otra mal puede sostenerse su filiación global respecto de la catedral de Jaén. En segundo lugar, dando por bueno que el resto del templo puede ser distinto pero hay algo que se mantiene como es la cabecera recta, esto se produce de forma muy diferente. ¿Qué semejanza se puede sostener entre la cabecera recta de Mérida y la de Puebla, por no nombrar la solución poligonal de la de México? Es decir, resulta muy cuestionable considerar a las cinco catedrales mexicanas como grupo de cierta homogeneidad, lo cual se hace ya insostenible cuando de la planta se pasa a las soluciones en alzado. Un análisis en paralelo de sus plantas y alzados sería más relevante que cualquier disertación escrita, pues si hay parentesco entre México y Puebla, aquél se rompe allí mismo y tanto Guadalajara, como Mérida y Oaxaca responden a planteamientos distintos en cada caso.

Pero volvamos al supuesto modelo de la catedral de Jaén, donde en efecto nos encontramos con una cabecera recta que si bien responde a un proyecto de Vandelvira<sup>13</sup> de hacia 1540, la obra de la cabecera tal

<sup>11</sup> Ramírez Montes, M., *La catedral de Vasco de Quiroga*. Zamora, 1986.

<sup>12</sup> Ramírez Romero, E., *Catálogo de Monumentos y sitios de la región lacustre*. T. I. Pátzcuaro. Morelia, 1986.

<sup>13</sup> Chueca, F., *Andrés de Vandelvira, arquitecto*. Jaén, 1971. En las pp. 151-193 se detallan nombres, fechas y etapas constructivas del templo giennense.

y como hoy la conocemos no se inició antes de 1635 por el maestro Juan de Aranda,<sup>14</sup> es decir, cuando ya se habían concluido las cabeceiras de las citadas catedrales mexicanas. Así las cosas sólo cabe aceptar una influencia de Jaén a través del proyecto mismo de Vandelvíra y nunca de la obra ejecutada, lo cual resulta cuando menos muy difícil de probar. La cuestión se complica si se recuerda que la catedral de Jaén, surgida sobre la mezquita mayor de la ciudad y con una historia edilicia ciertamente compleja, contaba con una gran capilla de planta rectangular conocida por planos conservados, cuyo volumen prismático cabe deducir de la vista de Jaén que Wingaerde dibujó en 1567.<sup>15</sup> Era la capilla mayor, obra del obispo don Alonso Suárez de la Fuente del Sauce, ejecutada entre 1500 y 1519, que no se derribó hasta 1635. ¿Pudo influir esta capilla, no el resto de la vieja catedral-mezquita, en las capillas mayores de Guadalajara y Puebla, diferentes a su vez de las de México, Oaxaca y Mérida? Pudiera ser, pero resulta problemático y forzado cuando para explicar la terminación plana de los templos catedralicios mexicanos hay razones de lugar bastante más convincentes.

En efecto, dicha terminación se impone como solución eficaz, cómoda y económica en muchos templos de tres naves en nuestro siglo XVI y puesto que se habla de Jaén pueden recordarse, sólo en su provincia, San Pedro de Mengíbar, La Asunción de Rus, la parroquial de Cazorra, San Pedro de Sabiote, la catedral de Baeza, la parroquial de Huelma, entre otras, que probarían la tendencia a resolver la cabecera con pocas variantes en torno a la solución recta.<sup>16</sup> ¿Pero era necesario o probable que los maestros que trazaron las catedrales mexicanas conocieran estos u otros ejemplos análogos? Creo que no.

Hay en toda esta cuestión un argumento aún por esgrimir que va más allá de la arquitectura de las catedrales y que se refiere a la arquitectura de la ciudad. Extraña que hasta ahora nadie haya planteado, al menos como hipótesis, la relación entre la ciudad y catedral no ya para dar respuesta al aspecto muy secundario de la forma de resolver la cabecera sino para la concepción toda del templo. Creo que aquí radican las llaves para el cabal entendimiento de la catedral mexicana como catedral "distinta" de las que ahora llamamos españolas, bien sean Jaén, Valladolid, Granada o la Seo de Zaragoza, sin olvidar aquellas otras que, como Sevilla, Salamanca y Segovia, se citan en la docu-

<sup>14</sup> Galera Andreu, A., *Arquitectura de los siglos XVII y XVIII en Jaén*, Granada, 1979, p. 112 y ss.

<sup>15</sup> Puede consultarse una excelente reproducción en la obra dirigida por R. L. Kagan, *Ciudades del Siglo de oro. Las vistas españolas de Anton Van den Wyngaerde*, Madrid, Ed. El Viso, 1986, pp. 264-265. La capilla referida de la catedral podría ser la señalada en el dibujo con la letra A.

<sup>16</sup> Para estas cuestiones ver las plantas y aliados recogidos por Chueca, *op. cit.* y por P. A. Galera, *Arquitectura y arquitectos en Jaén a fines del siglo XVI*, Jaén, 1982.



mentación contemporánea. Entiendo que hay diferencias abismales entre las de un lado y otro del Océano que no se refieren tanto a los aspectos estilísticos y formales como a su implantación en la ciudad y al modo de relacionarse con su entorno urbano.

Así como las catedrales de nuestros siglos XV y XVI se levantan sobre solares cargados de historia, pertenecientes a un viejísimo tejido urbano cuyos hilos son unas veces de tinte islámico y otras de procedencia cristiana, cuando no de ambas y siempre de ascendencia medieval, por el contrario, las mexicanas se ubican en un espacio que la propia legislación les reserva privilegiadamente. De todos son conocidas las Ordenanzas en las que se señalan las características del solar que ha de ocupar el templo o iglesia mayor, asegurándole su carácter exento, "separado de otro cualquier edificio, que no pertenezca a su comodidad y ornato".<sup>17</sup> Es decir, frente a la común imagen de la ciudad medieval española que se apiña en torno a su catedral sin apenas espacio para respirar, la catedral mexicana nace en una situación de aislamiento físico verdaderamente singular, ocupando una de las manzanas regulares del riguroso trazado ortogonal de la ciudad. El diferente punto de partida va a condicionar la imagen misma de la catedral y así como la historia del espacio urbano inmediato a la catedral en las ciudades españolas, y europeas en general, es una historia de continuas demoliciones para aislar el templo, tarea que alcanza su cota más alta en el siglo XIX tras las atrevidas experiencias de Viollet-le-Duc que tendieron a convertir las catedrales en gigantescas esculturas arquitectónicas, rompiendo la trabazón histórica entre templo y ciudad y descarnando la catedral de vitales adherencias, ello jamás fue necesario en México.

¿Qué buscaba aquel esteticismo romántico del siglo XIX con tales aislamientos en Chartres, en París, en León, en Burgos, etc.? Sin duda poder ofrecer la belleza de la catedral como "monumento", con un sentido que hoy censuramos por restringido. Ello no hizo falta en México, donde las mismas Leyes de Indias ya habían previsto el carácter exento del templo "porque de todas partes sea visto, y mejor venerado", si bien se incumplió la observación sobre basamento general que debiera estar "algo levantada del suelo".

Sin duda la práctica hizo innecesaria esta mayor elevación de la planta teniendo en cuenta el desarrollo en altura que tendría el templo muy por encima del caserío circundante, de tal forma que se garantizaban sus vistas.

<sup>17</sup> *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias mandadas imprimir y publicar por la magestad católica del Rey D. Carlos II.* Madrid, 1741 (4a. impresión), Tomo segundo, Libro IV, Título 7, Ley VIII. En ésta se recogen las ordenanzas 118, 119, 120, 122, 125 y 126.

Tampoco se siguió al pie de la letra la ordenanza que señalaba “no se fabrique el templo en la plaza sino algo distante de ella”, pues la realidad nos muestra como constante la presencia de la catedral en el zócalo o plaza principal. Este hecho vuelve a distanciar nuevamente a los supuestos “modelos” españoles de las “réplicas” mexicanas, pero cuando esta presencia de la catedral en el gran espacio abierto de la plaza mexicana ofrece no ya la fachada principal, como es el caso de México y Mérida, sino el monumental flanco del templo, como Puebla, Guadalajara y Oaxaca, las “catedrales de costado” en feliz expresión de González Galván,<sup>18</sup> entonces la vivencia de la catedral resulta tan distante y tan distinta que no cabe sino reconocer una originalidad irrefutable en esta concepción del templo catedralicio mexicano, cuya imagen resulta inútil buscarla entre nosotros. Se dirá que el proyecto de Jaén o de Herrera para Valladolid iban en esta línea pero no tiene sentido ya el plantearlo, pues ni Vandelvira ni el arquitecto de Felipe II piensan ni proyectan un entorno urbano para el templo, por resultar de todo punto imposible. En Jaén no sólo es difícil tener una imagen medianamente global del templo desde sus inmediaciones sino que el modo de comunicarse con sus calles adyacentes, las escaleras de acceso, etc., nada tienen que ver con la serena grandeza de los templos mexicanos de acceso llano, de imponente majestad, señores indiscutibles de la arquitectura de la ciudad.

Creo que ante consideraciones de esta índole pierde interés el que la cabecera sea o no recta, pero a mi juicio es también una razón de diseño urbano lo que induce a una lógica elemental a plantear la solución plana del testero catedralicio. ¿No debe ocupar el templo, según la conocida cédula filipense, una “isla entera” del damero urbano? Pues lo más sencillo es hacer coincidir la alineación de la calle con la del templo y lo más extraño hubiera sido inventarse allí una girola semicircular que resultaría ser una incongruencia con la racionalidad del plano de la ciudad. Entiendo que ésta es una de las razones a considerar por las que el deambulatorio poligonal, de tradición medieval pero en vigencia en España hasta el siglo XVIII, no llegó a hacer el viaje a América. Esta sujeción a la planta de la ciudad es la que hizo que la orientación de las catedrales mexicanas, si bien por el tiempo en que se construyen podía afectarles la liberalización tridentina,<sup>19</sup> dependie-

<sup>18</sup> González Galván, M., *Catedral de Morelia. Tres ensayos*. México 1989, p. 52.

<sup>19</sup> Sobre estos aspectos véanse *Las Instrucciones fabricae et supellectilis ecclesiasticae* (1577) de Carlos Borromeo, que recoge la doctrina tridentina al respecto, de modo que si la iglesia no podía estar orientada al modo canónico “La edificación podrá volverse hacia otra parte”, pero evitando que no mire claramente hacia el norte, como sucede, por ejemplo, con la Catedral de México. De las referidas *Instrucciones* hay una excelente traducción al castellano anotada por B. Reyes Coria, con nota preliminar de E. I. Estrada, publicada por la UNAM, México, 1985. *Vid.*, p. 15.

ra única y exclusivamente de las coordenadas del trazado urbano. De este modo si la cabecera de México mira al norte, la de Guadalajara está orientada al este y el testero de la de Morelia se dirige al sur. Este último ejemplo, la catedral de la antigua Valladolid, hoy Morelia, pese a ser fábrica fundamentalmente del siglo XVII, cuenta con largos antecedentes documentales del siglo XVI<sup>20</sup> y es para mí el arquetipo en el que podrían resumirse los rasgos más característicos de la catedral novohispana y no sólo por su espectacular encarnadura urbana, sino también por su composición y rasgos arquitectónicos. No deja de ser sorprendente el que su autor, Vincenzo Baroccio, fuera italiano pues en poco o nada se observa su origen y formación, plegándose en el encargo a una tradición que urbanística y arquitectónicamente ha alcanzado ya un grado de madurez con voz propia.

El ordenamiento, financiación y demás aspectos administrativos que acompañaron la erección de las catedrales en México, fueron creando una concepción propia del templo como tal, más allá de lo puramente estilístico, que de cuando en cuando aflora en la propia documentación como sucede en la Cédula que Felipe II envía, en 1576, al virrey don Martín Enríquez, mandándole que comience, prosiga y acabe la catedral de Valladolid (Morelia) "por la traza y orden que mejor pareciere, conforme a las demás iglesias catedrales de esa tierra".<sup>21</sup> Es decir, el monarca, patrono de todas las catedrales mexicanas no habla de conformidades con modelos peninsulares sino de acuerdo con lo que en la Nueva España se venía gestando.

Con todo ello no quiero decir que no haya relación alguna con lo que sucede en la Península, pues sería absurdo, sino tan sólo matizar aspectos que den mayor elasticidad a un cliché excesivamente rígido en la interpretación de este fenómeno. Las catedrales novohispanas surgieron en un proceso de organización diocesana con el fin de solemnizar el culto lo cual supuso un programa análogo al de sus hermanas a este lado del Atlántico, pero por muchas razones la plasmación del marco arquitectónico llegó a ser algo diferente. Si esto lo aceptamos de buen grado a la hora de medir el distinto alcance del renacimiento en Andalucía y en Castilla, porque no verlo aún con mayor evidencia en relación con México, sin dejar de reconocer su afinidad troncal.

En este punto y refiriéndome más estrictamente a los aspectos arquitectónicos también aquí, junto a las analogías, hay que señalar diferencias notables entre los modelos y sus réplicas. Resulta incuestionable que la organización, composición y proporción de las plantas de catedrales de Nueva España tienen su origen en la experiencia y larga

<sup>20</sup> Ramírez Montes, M., *La escuadra y el cincel. Documentos sobre la construcción de la catedral de Morelia*. México, 1987.

<sup>21</sup> Ramírez Montes, M., *op. cit.*, p. 41.



tradición española y sólo en ella. Son conocidas las similitudes, por ejemplo, entre la planta de la Catedral de México y las de Salamanca y Segovia, sin olvidar el proyecto de Riaño para Valladolid. Algunas de éstas las conocía y cita expresamente el arzobispo de México, Fray Alonso de Montúfar, cuando en 1558 viendo que resultaba excesivo el modelo de la catedral de Sevilla, afirma que bastaría con una catedral como la de Segovia o Salamanca. A partir de ahí vino la comparación gráfica de Manuel F. Álvarez<sup>22</sup> o la comprobación proporcional de Fernando Chueca partiendo de las pautas fijadas en el manuscrito de Simón García,<sup>23</sup> poniendo en evidencia éstos y otros autores la pertenencia de dichas catedrales a un mismo sistema compositivo que estaba en pleno vigor en la primera mitad del siglo XVI, en cuanto a la proporción de la planta, la cual tiende a ser dupla, y al reparto de sus naves y capillas que mantienen una proporción y ritmo muy semejantes, excepción hecha de la de Jaén por lo cual resulta más difícil explicar su hipotético influjo.

En la de México igualmente resulta evidente el paralelismo existente entre las dos entradas del templo flanqueando el ábside poligonal de la cabecera y la solución del testero de la catedral de Sevilla, si bien queda por aclarar en qué forma pudo influir un ábside que no se llega a construir, el de la capilla Real de Sevilla,<sup>24</sup> sobre el que en México alberga el Altar de los Reyes. ¿Se manejaron trazas? ¿Se conocía el modelo de la catedral que seguro existió según copia Dancart en la predela del retablo mayor sevillano? ¿Llegó algo de todo ello hasta México? ¿Lo conocería Arciniega? Si bien la catedral mexicana se emparenta, en planta, con el sistema de proporciones salmantino, con la de Sevilla por el modo de resolver la cabecera, y con la colegiata de Valladolid proyectada por Riaño en la solución de las torres de la fachada, llega un momento en que sobre este lógico y explicable eclecticismo se empiezan a producir novedades, especialmente en los alzados, pero también en la planta, por ejemplo en el modo original de concebir en el testero las capillas hornacinas correspondientes a la sacristía y a la Sala Capitular. Si éste fue el destino inicial de ambas piezas hay que reconocer el modo sencillo y funcional de incorporarlas a la planta, resolviendo de modo original lo que en Granada, Salamanca, Segovia, Sevilla y Jaén incluso, supone una yuxtaposición de espacios que restan unidad

<sup>22</sup> Las plantas de las catedrales de México y Salamanca, con los errores advertidos por todos en la cabecera de esta última, pueden verse en Manuel F. Álvarez. *Algunos escritos*, cuya selección y prólogo se deben a la Dra. Elisa García Barragán, en *Cuadernos de Arquitectura y conservación del patrimonio artístico*, núms. 18-19, 1982, p. 45.

<sup>23</sup> Chueca Goitia, F., *La catedral de Valladolid*. Madrid, 1947. Interesa especialmente el capítulo dedicado a la catedral de Valladolid y las catedrales de Nueva España, pp. 177-189.

<sup>24</sup> Morales, A., *La capilla Real de Sevilla*. Sevilla, 1979, pp. 23 y 152-155.

al proyecto. Conozco que en esta parte de la catedral pesa igualmente la incertidumbre de sus dos torres angulares como parece que se proyectaron, y de nuevo en ello hay que reconocer originalidad y distanciamiento sobre posibles modelos ya citados, pues ni documentalmente ni en la práctica hay antecedentes en suelo hispano, y habrá que esperar al proyecto en 1585 de Juan de Herrera para Valladolid, nunca concluido, y al de Felipe Sánchez para El Pilar de Zaragoza, de finales del siglo XVII y sólo finalizado en nuestro siglo XX. De cualquier modo no parece que se iniciaran las torres de la cabecera mexicana a juzgar por la sección exigua de sus muros que no resisten comparación con los imponentes arranques de la fachada.

Dentro de la obra proyectada o ejecutada en el siglo XVI, que es el objeto de estas líneas, resta un aspecto fundamental como es la resolución de los alzados de la Catedral de México, donde el profesor Chueca ya advirtió que allí “nos encontramos con una estructura enteramente original y que resuelve de manera encantadora el problema de dar un revestimiento clásico y sobrio a una estructura gótica”.<sup>25</sup> Con ello se refiere a la articulación de muros y pilares sobre la base de medias columnas acanaladas sobre cuyos capiteles arrancan arcos y bóvedas sin mediar entablamentos. La solución se aparta tanto de la de Siloe para Granada como de la de Herrera en Valladolid. El propio Chueca, buscando un antecedente a esta solución que se repite, apenas con variantes en la catedral de Puebla, entiende que se debe adscribir a la escuela de Toledo en torno al gran Covarrubias. Personalmente estimo que este espíritu clasicista, interesado en la utilización de los órdenes clásicos para revestir muros y pilares, sin detenerse a pensar en que la sintaxis del orden exige inexcusablemente el empleo del entablamento, tiene unos antecedentes más próximos que el del foco toledano. Es, a mi juicio, en la propia ciudad de Sevilla y en torno a Hernán Ruiz, el joven, donde podemos hallar obras y proyectos que se mueven en la misma línea. En el extraordinario manuscrito que de este arquitecto andaluz he tenido la ocasión de estudiar<sup>26</sup> se encuentra un gran número de dibujos en los que arcos y bóvedas arrancan de apoyos análogos a los de México y Puebla, sin que exista entablamento alguno, como sucede en la práctica en el interior de la iglesia de la Casa Profesa de Sevilla, donde sólo una imposta corrida se interpone entre uno y otro

<sup>25</sup> Chueca, *op. cit.*, en nota 23, pp. 185-186.

<sup>26</sup> Navascués P., *El libro de arquitectura de Hernán Ruiz, el Joven*. Madrid, 1974, láms. LXXIV, LXXVIII, LXXXVI, LXXXVII, XC, XCI, etc. La supresión del entablamento es, en todos estos casos, una opción consciente, pues conociendo perfectamente la gramática y la sintaxis de la arquitectura clásica, como se ve tanto en otra serie de dibujos como en la obra realizada de este arquitecto, incorpora en otras ocasiones el entablamento para completar el orden.

elemento. No tiene, en cambio, ningún antecedente la solución, sin duda arcaizante, pero absolutamente original, de llevar a los arcos fajones y formeros al perfil curvo y acanalado de los fustes.

La catedral de Puebla introdujo unos entablamentos poco ortodoxos en las naves colaterales o procesionales y la de Oaxaca lo hizo, por el contrario en la nave mayor, de modo más anticlásico si cabe, no sólo por la simplificación del arquitrabe-friso, sino por el modo de forzar la coincidencia de su cornisa con la imposta general del templo. Que la articulación clásica de los soportes y bóvedas no se maneja con seguridad, queda evidenciado en la estructura gótica de la catedral de Guadalajara, donde las bóvedas nervadas de las tres naves, de igual altura, tienen su arranque en un pilar que se ha puesto en relación con Siloe y Rosellino en la catedral de Pienza. De nuevo nos encontramos aquí con una interpretación original, que personalmente no me parece muy acertada, de un machón cuadrado con medias columnas acanaladas, en la línea de lo visto en México y Puebla, pero necesitando ganar altura, el tracista colocó sobre los capiteles toscanos un pesado entablamento de orden dórico llevando hasta la cornisa la curva semicilíndrica de la media columna, y sobre aquélla un pequeño ático del que arrancan propiamente las bóvedas. Para mí el autor no conocía la solución de Siloe en Granada o Guadix pues de lo contrario hubiera incorporado un alto pedestal para que las columnas arrancaran ya con una elevación que le permitiera restar desarrollo al entablamento. Por otro lado resulta muy expuesto, como se ve aquí, la elección de un entablamento con triglifos y metopas muy difíciles de ajustar y menos si se prolongan las secciones semicirculares de las medias columnas, en fin, toda una serie de cuestiones que entiendo distancian esta solución de la de Siloe, y que sin duda se debe a una opción original.

Por otro lado resulta fuera de lugar la afirmación liecha por Angulo, y sostenida después inalterablemente, de que la igual altura de las tres naves se lleva a cabo "con arreglo al modelo de Vandelvira —en la catedral de Jaén—, seguido también en este aspecto en Mérida".<sup>27</sup> Volvemos a recordar que el templo propiamente dicho de Jaén no comienza hasta 1635 y la catedral de Guadalajara se dedica en 1618, pero es que además hay una larga tradición de iglesias de tres naves de la misma altura en el siglo XVI a la que la propia Jaén pertenece. Hacia 1497 se comienza la catedral de Santa Ana en Las Palmas, de tres naves de igual altura. Pero después se inicia la de Barbastro de igual estructura. Son conocidas las fases por las que atraviesa el proyecto de la catedral nueva de Salamanca para la que Rasines y Vasco de la Zarza proponen en los años veinte la igual altura para sus tres naves, si bien

<sup>27</sup> Angulo, *op. cit.*, en nota 2, pp. 440.



luego se optó por escalonarlas como en México y Puebla. Es decir, lo que se traslada a Nueva España es una corriente de opinión y las ventajas e inconvenientes de una solución y otra, pero por ello no debemos hacer derivar de Jaén todo aquello que se organice al modo de las "hallenkirche". Resulta muy difícil recordar a Jaén desde el interior de la catedral de Mérida bajo ningún aspecto e incluso, estando ésta relacionada con las que llamamos iglesias columnarias, creo que a la vez se aleja de ellas, pues sus apoyos tienen proporciones que los asemejan a "pilares redondos" frente al deseo verdaderamente columnario de iglesias como las de Mancha Real, Caravaca y Callosa de Segura, por ejemplo. Aquéllos, los apoyos emeritenses, carecen de la intencionalidad clásica de éstas, cada una de las cuales va tocada con capiteles de orden dórico, jónico y corintio, respectivamente. En Mérida tenemos ese caso tan repetido en México de concebir el capitel con la fuerza y molduración de una basa invertida resultando bellísimas en cambio el juego de bóvedas vaídas en "cruceros" como las denomina Alonso de Vandelvira,<sup>28</sup> no siendo en modo alguno bóvedas de casetones a la italiana ni teniendo relación con las vistas por Kubler en las catedrales de Leiría y Portalegre en Portugal. Se trata de un tipo de bóveda conocido y difundido en Andalucía en el siglo XVI, al que algunos llamaban "capilla de Cuenca" según nos recuerda Alonso de Valdevira, compuesta por unos nervios en forma de cruz o "crucetas" que dan lugar a una estructura celular cegada finalmente. En la misma catedral de Sevilla, Hernán Ruiz, el Joven, dejó una bella muestra de este tipo de soluciones en la cúpula de la Capilla Real, donde se evidencia una vez más la extrema habilidad y conocimiento que el arte de la cantería tuvieron estos maestros. Por estas y otras razones la catedral de Mérida me resulta, en su interior, la más andaluz de las catedrales de México y, posiblemente, la única que resitiera un trasplante sin que se produjera rechazo alguno.

Si bien cabría alargar estas precisiones sobre el alcance real de la relación entre las catedrales de México y España en el siglo XVI, sobre cuyo tema preparo una investigación más amplia, sirvan estas reflexiones como modesta anticipación y sincero homenaje a don Manuel Toussaint entre cuyos trabajos y desvelos se encontró el de poner en valor el singular patrimonio catedralicio de México.

<sup>28</sup> "Libro de Traças de Cortes de Piedras compuesto por Alonso Vande Elvira...", Manuscrito R. 10 de la Biblioteca de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, sobre el que G. Barbé preparó una edición (*El tratado de arquitectura de Alonso de Vandelvira*, 2 vols., Albacete, 1977) y del que J. C. Palacios anuncia una interesante edición analítica. Para nuestro propósito interesa el Título CXIII, "Capilla cuadrada por cruceros", fol. 97 v. y ss.